 Tiempo de lectura: 6 min.

Esta es la historia de Nino Baglieri, un albañil de Módica cuya vida cambió drásticamente después de caer de un andamio a los diecisiete años, lo que lo dejó tetrapléjico. Años de desesperación se transformaron, gracias a un encuentro de oración el Viernes Santo de 1978, en un florecimiento espiritual que lo llevó a decir un rotundo «sí» a la Cruz. Desde su lecho de dolor, Nino, escribiendo con la boca, se convirtió en amigo, consejero y voz de esperanza para miles de personas, especialmente jóvenes. Salesiano cooperador y ahora Siervo de Dios, sigue hablando de alegría y confianza en la fuerza del Espíritu Santo.

«Un día de verano de 1973, un chico de doce años está corriendo detrás de una pelota que, de repente, termina debajo de una silla de ruedas. Encima está sentado un hombre: parece joven y fuerte, bastante amable al hablar, pero está inmóvil. A la solicitud de poder recoger la pelota, él responde: ¡Claro! Es tuya. Corre detrás de ella mientras tengas fuerzas. Todo parece terminar ahí, pero la historia apenas comienza. Esa pelota no había ido allí por casualidad… ese fue el primero de muchos encuentros entre nosotros, los chicos, y Nino. Nosotros, los chicos con tantas ganas de crecer y jugar, frente a un hombre que, aunque aún joven, ya había sido probado por la vida: condenado a permanecer para siempre inmóvil en una silla de ruedas. Pero esa silla de ruedas, a medida que pasaban los días de aquel verano, se transformaba en un poderoso “imán” que atraía a todos nosotros, los chicos. En el otoño y el invierno siguiente, cuando las condiciones climáticas obligaban a nuestro “amigo” a permanecer en la cama, éramos nosotros quienes íbamos a visitarlo. Así, su cuartito se convirtió para nosotros en el lugar donde ir a hacer los deberes, ver la televisión y jugar: ¡un pequeño oratorio! Y mientras tanto, la acción del Espíritu Santo se manifestaba en su extraordinaria cotidianidad. Un día, uno de los muchos niños que debía hacer un dibujo particularmente difícil pidió ayuda a Nino. ¿Pero cómo, justo a él que no podía mover las manos? Nino, como impulsado por una fuerza superior, pidió que le pusieran un lápiz en la boca y, moviendo esos pocos músculos del hombro y del cuello (solo esos podía mover), realizó ese dibujo. ¡Qué gran alegría sentimos cuando vimos ese lápiz rozar la hoja del cuaderno, pequeños trazos de lápiz puestos uno al lado del otro y el dibujo salió: el plan de Dios continuaba realizándose! Después de ese primer dibujo, Nino intentó firmar sus pequeñas obras maestras, escribir poemas, hasta recitarlos cada mañana

en una radio local. Luego, ¡la correspondencia! Comenzaban a llegar cartas de todas partes y Nino, rápidamente, respondía también dando sus consejos».

El relato de Antonio Aprile, uno de esos chicos que crecieron a la sombra del gran árbol que fue Nino Baglieri, nos ofrece una mirada asombrada sobre esta vida que podría haberse consumido en un total fracaso y que, en cambio, floreció en un testimonio fuerte y convincente del amor de Dios.

Antonino Baglieri nació en Modica (Siracusa) el 1 de mayo de 1951. Después de asistir a la escuela primaria y haber comenzado el oficio de albañil, a los diecisiete años, el 6 de mayo de 1968, se precipita de un andamio de 17 metros de altura. Hospitalizado de urgencia, Nino se da cuenta con amargura de que ha quedado completamente paralizado. Ante una situación muy dramática, su madre Giuseppina, mujer fuerte en la fe, se ofrece a cuidarlo personalmente durante toda su vida. Así comienza el camino de sufrimiento de Nino, que pasa de un centro hospitalario a otro, pero sin ningún mejoramiento. Regresado en 1970 a su pueblo natal, después de los primeros días de visitas de amigos, comienzan para Nino diez largos años oscuros, sin salir de casa, en soledad, sufrimiento y mucha desesperación. Durante diez años, Nino Baglieri nada en la desesperación, blasfemando y sin ver un rayo de luz. A su lado, su madre reza, justo como la madre de san Agustín rezó por la conversión de su hijo.

El 24 de marzo de 1978, viernes santo, un grupo de personas del Renovación en el Espíritu reza por él; Nino siente en su interior una transformación, como él mismo contará: «Era el viernes santo de 1978; nunca podré olvidar esta fecha. Eran las cuatro de la tarde; vino el sacerdote con un grupo de personas, comenzó a orar sobre mí, me puso las manos sobre la cabeza e invocó al Espíritu Santo y justo en ese preciso momento, mientras invocaba al Espíritu, sentí un gran calor invadir mi cuerpo, un hormigueo, como si una nueva fuerza entrara en mí y algo viejo saliera. En ese instante acepté la Cruz, dije mi “sí” al Señor, acepté a Cristo en mi vida y renací a una vida nueva. En ese momento deseaba la curación física, en cambio, el Señor operó algo más grande: la curación del espíritu. Renací a una vida nueva, un hombre nuevo con un corazón nuevo; aunque permaneciendo en el mismo sufrimiento, mi corazón se llenó de una nueva alegría, una alegría que nunca había conocido» (Sobre las alas de la cruz. Nino Baglieri y … tantas ganas de correr, a cura de Giuseppe Ruta, Elle Di Ci 2008, 182-183).

Desde ese momento, Nino aceptó la Cruz y dijo su “sí” al Señor. Comenzó a leer el Evangelio y la Biblia: redescubrió las maravillas de la fe. Fue precisamente en ese

tiempo que, ayudando a algunos niños, vecinos, a hacer los deberes, aprendió a escribir con la boca. Y así es como pasa sus días: redacta sus memorias, escribe cartas a personas de toda categoría en varias partes del mundo, personaliza imágenes-recuerdo que obsequia a quienes van a visitarlo. Gracias a una varilla, compone los números de teléfono y se pone en contacto directo con muchas personas enfermas: su palabra calma y convincente las consuela. Comienza un flujo continuo de relaciones, que no solo lo saca del aislamiento, sino que lo lleva a testimoniar el Evangelio de la alegría y de la esperanza, con valentía y sin ningún temor. En Loreto, hablando a un numeroso grupo de jóvenes, que lo miraban con cierta compasión, tuvo el valor de decir: «¡Si alguno de ustedes está en pecado mortal, está mucho peor que yo!». Desde el 6 de mayo de 1982 en adelante, Nino celebra el aniversario de la cruz y, ese mismo año, se une a la Familia Salesiana como Salesiano cooperador. El 31 de agosto de 2004 emite la profesión perpetua entre los Voluntarios con Don Bosco (CDB). El 2 de marzo de 2007, a las 8 de la mañana, Nino Baglieri, después de un período de larga sufrimiento y prueba, entrega su alma a Dios. Después de su muerte, es vestido con un chándal y zapatillas de deporte, para que, como había dicho: «En mi último viaje hacia Dios, podré correr a su encuentro».

En esta carrera hacia Dios, Nino ha involucrado a muchos que, al haberlo conocido personalmente y haber escuchado su palabra, han recuperado gracias a él esperanza y fuerza. El testimonio de Nino, de quien el 3 de marzo de 2012 comenzó el proceso de beatificación, nos recuerda que el renovamiento de la Iglesia también pasa a través del testimonio ofrecido por la vida de los creyentes. Con su propia existencia en el mundo, los cristianos están llamados a hacer brillar la Palabra de verdad que el Señor Jesús nos ha dejado. Con su mensaje, Nino nos recuerda que las pruebas de la vida, mientras permiten comprender el misterio de la Cruz y participar en los sufrimientos de Cristo, son preludio a la alegría eterna, a la que la fe conduce. El cardenal Angelo Comastri, Vicario general de Su Santidad para la Ciudad del Vaticano, que tuvo la oportunidad de conocer a Nino Baglieri, declaró: «Cuando se le encontraba, daba la sensación de estar habitado por el Espíritu Santo… Celebraba el aniversario de su llamada a la cruz como otros celebran el aniversario del Matrimonio o de la ordenación religiosa… Nino Baglieri se convirtió en un apóstol incansable, un imán de bondad, que atrajo a muchísimos jóvenes al amor de Dios. ¿Dónde encontraba la fuerza? ¡En la Santa Eucaristía! En su diario, escrito sosteniendo la pluma con la boca, confió una conmovedora oración que dice así: “Señor, en la Santa Eucaristía te dejas absorber para transformarnos en ti, para ser como tú, para amar y servir como tú. Transforma mi vida, oh Señor, cámbiala a

tu manera, haz que también yo pueda ser hostia para mis hermanos, pueda entregarme a los demás con tu mismo amor: como tú te das a mí, haz que también yo me dé a todos”».